

SHAMI CHAKRABARTI

DE LA
MUJER

EN EL SIGLO XXI

De la mujer en el siglo XXI

De la mujer en el siglo XXI



SHAMI CHAKRABARTI

Traducción de Clara Stern Rodríguez

Primera edición, 2018
Primera edición en inglés, 2017

Título original: *Of Women*
Copyright © 2017, Shami Chakrabarti
All rights reserved

Traducción: Clara Stern Rodríguez
Diseño de portada: León Muñoz Santini
Fotografía de solapa: CC BY 2.0 
Vivienne Westwood in Conversation with Shami Chakrabarti, Southbank
Centre, 2014

D. R. © 2018, Libros Grano de Sal, SA de CV
Av. Casa de Moneda, edif. 12-B, int. 4, Lomas de Sotelo,
11200, Miguel Hidalgo, Ciudad de México, México
contacto@granodesal.com
www.granodesal.com  GranodeSal  LibrosGranodeSal

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sin la autorización por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-98249-3-8

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Índice

Introducción

1. Una plegaria antes de nacer

2. La mala representación

3. La riqueza y la producción

4. La salud y la reproducción

5. El hogar

6. La escuela

7. La inseguridad

8. La fe

Conclusión

Agradecimientos

Bibliografía

*Para ti, cariño;
a la memoria de mi madre
y para los hijos e hijas
de las mujeres del mundo*

Introducción

Otra vez es otoño. No debería importar pero, de alguna forma, importa. En muchos aspectos somos criaturas sofisticadas, aunque preservamos algo del respeto primitivo a los días y a los años, como marcos de fotos o desenlaces de libros que nos ayudan a lidiar con los recuerdos, el tiempo y el espacio. Así que el nuevo cambio de estación inevitablemente nos lleva a reflexionar y a ponderar. Para algunos este ejercicio quizá resulte por demás cercano y práctico. ¿Cuánto crecieron los niños? ¿Qué tan grande es nuestra deuda? ¿Nos alcanza para pagar la renta?, ¿la hipoteca? ¿Habrá que limpiar la habitación?, ¿recortar el jardín? Y, sin embargo, los acontecimientos radicales de los últimos tiempos desafiarían incluso la atención del alma más volcada en sí misma. Pues estamos ante un momento extraordinario. Ante el nuevo milenio, las crisis de seguridad, economía y clima han generado en todo el mundo una sed de diversas clases de radicalismo. Esto trae consigo tanto grandes retos como oportunidades para los valores progresistas. ¿Caeremos en la profundización del nacionalismo, el racismo y una guerra permanente? ¿O más bien volveremos a confiar en que habrá una respuesta internacional a los problemas globales comunes? ¿Acaso las crecientes olas de ira ante el incremento de la desigualdad, generada por las élites políticas desde la década de 1980 encausarán el éxito de los movimientos populares de izquierda o de derecha?

Y, en particular, ¿el reciente resurgimiento del interés por la causa de la mujer se volverá parte de una lucha más amplia por la justicia social, o se fragmentará en forma de nicho o de una causa única que quedará en el olvido?

Las elecciones de 2017 en Holanda, Francia y el Reino Unido brindan algún motivo de esperanza. Los tres procesos electorales atestiguaron un rechazo definitivo a la xenofobia de extrema derecha del Partij voor de Vrijheid [Partido por la Libertad] (PVV), el Frente Nacional y el United Kingdom Independence Party [Partido de la Independencia del Reino Unido] (UKIP). El Partido Laborista británico, encabezado por Jeremy Corbyn, venció el cinismo de sus críticos y forzó al confiado liderazgo conservador de derecha a ocupar una minoría en el gobierno. Llevó la representación de la mujer en la Cámara de los Comunes a su más alta proporción, si bien sólo llegó a 32 por ciento. Otorgó un gabinete en la sombra constituido en 50 por ciento por mujeres, con Emily Thornberry, Diane Abbott, Nia Griffiths y Rebecca Long-Bailey a cargo de las carteras baluarte en asuntos exteriores e internos, defensa y comercio, tradicionalmente atendidas por hombres. Igual importancia tuvo, tanto en sustancia como en tono, la naturaleza positiva de la campaña laborista contra la austeridad y la desigualdad, en claro contraste con las difamaciones, los ataques personales y los mensajes encubiertos de la derecha. Sin embargo, el Parlamento sin mayoría absoluta que resultó de la elección dejó a los conservadores con una posición débil, no del todo en el poder, y apoyados esta vez por el Partido Unionista Democrático de Irlanda del Norte, con su postura reaccionaria, sobre todo, en torno a los derechos reproductivos de la mujer. El nuevo foco de atención sobre las fuerzas socialmente conservadoras en la política del Reino Unido es un recordatorio de que ningún credo ni país tiene un monopolio de virtud en lo que concierne al lugar de la mujer.

Imagínate que esta noche cae un marciano a la Tierra. Digamos que los marcianos son asexuales y que en su propio planeta están totalmente desacostumbrados a las diferencias de género. Nuestro amigo alienígena podría llegar a cualquier lugar del mundo, a cualquier continente, a un ambiente rico o pobre, urbano o rural. ¿Qué diferencia, discriminación u opresión notaría por doquier, sobre cualquier otra cosa? Seguro que no dejaría de notar que cerca de la mitad de la especie humana desdeña a la otra mitad de una manera quizá sutil, pero real. Observa las tasas de suicidio, sobre todo las de hombres jóvenes. Míralos por todo el mundo, yendo y viniendo de las guerras, el crimen organizado y la cárcel. Ve a sus propios hijos, hermanos, esposos y amantes gentiles, inteligentes y cordiales, y las presiones que pueden convertirlos en los invulnerables y cerrados hostigadores que las maltrataron la primera vez. Potencial desperdiciado. Felicidad perdida. Vida desperdiciada.

No quiero decir que el vaso esté medio vacío, pero el ritmo al que se llena sin duda es demasiado lento. Hace 20 años pensaba que estábamos en una transición positiva inevitable. Revitalizada por el alivio y la seguridad de haber recibido una educación superior estatal completamente gratis y relativamente equitativa, tenía todo el tiempo del mundo y pensaba que no lo necesitaría. Ahora no estoy tan segura, al menos a corto plazo. Tenía tanta fe en mi generación de hombres y mujeres jóvenes con una educación similar, con quienes había compartido clases, libros y sueños; pero crecimos para traicionarnos los unos a los otros y a nosotros mismos, con una crisis económica, guerras ilegales y con un mundo más desigual fabricado por nosotros mismos. ¿Qué pensaría una Pankhurst o una de Beauvoir acerca de mi generación de feministas? Sin duda habría algún motivo de celebración, pero seguramente se silenciarían las festividades. Las mujeres votan, luchan y poseen propiedades y poder en muchas partes del mundo pero, sea como sea, un misógino indoblegable le arrebató las llaves de la

Casa Blanca a una mujer que alguna vez parecía estar destinada a ser la primera mujer líder del "mundo libre". Sin embargo, en muchos lugares las mujeres aprenden, ganan, ejercen influencia y gobiernan menos, y sufren más, ya sea por las nimias pero deshumanizantes humillaciones de la cosificación y la discriminación triviales o por la violencia emocional y física que entorpece e incluso apaga muchas de sus vidas demasiado pronto.

La inequidad de género es quizás el mayor abuso de derechos humanos en el planeta. Asola al primer mundo y al mundo en desarrollo, a las mujeres ricas y pobres en todos los contextos de salud, riqueza, educación, representación, oportunidad y seguridad. No es una exageración describirla como un *apartheid*, pero sin estar limitado a un país o periodo histórico, pues este mal permanente tiene una duración milenaria y un alcance global. Sólo las soluciones radicales pueden, si acaso, rozar su superficie pero el premio es muy grande por los enormes beneficios colaterales de paz, prosperidad, sostenibilidad y felicidad humana en general. Todo esto se debe a que estamos todos interconectados, y a que todos los hombres son también "de la mujer".

1. Una plegaria antes de nacer

Si tuvieras una nueva oportunidad y pudieras elegir, ¿qué sexo elegirías? No descartes la pregunta del todo ni la enfrentes sólo desde la lealtad al sexo ya determinado y experimentado que tienes ahora. Juega un poco con el experimento mental. Trata de hacerlo con honestidad. ¿Cuál elegirías? ¿Qué criterio influiría en tu decisión? ¿Alteraría tus sentimientos saber dónde y en qué clase de circunstancias nacerías? Permíteme replantear la pregunta. ¿Qué pasaría si fueras a tener un hijo o una hija? Sólo uno. Quieres que ese ser humano tenga las mejores posibilidades en la vida, la mejor vida posible. Sabes que la incertidumbre abunda en este mundo fluctuante. Quieres que tenga las mayores probabilidades de estar a salvo, seguro, sano, ser próspero, incluso sentirse feliz y realizado. Si pudieras elegir, ¿qué sexo le otorgarías a este preciado hijo único? ¿Dependería de tu clase social, continente, origen cultural o preferencia hacia la compañía y camaradería de tu propio sexo o del otro? ¿Tiene alguna influencia en ti la relación con alguno de tus padres? ¿Cuál factor te parece que influye más en tu elección?

Hace más de un cuarto de siglo Amartya Sen, Premio Nobel de Economía, escribió sobre los 100 millones de mujeres desaparecidas en el mundo. Basó su revelación en el sospechoso desequilibrio estadístico entre el número de

mujeres y de hombres. ¿Cuántas mujeres siguen desaparecidas hoy en día?

La discriminación comienza antes del nacimiento mediante la práctica del aborto en función del sexo, sobre todo en sociedades donde los grandes saltos en la medicina y la tecnología modernas no están acompañados por un progreso similar en las realidades sociales y económicas, ni en las actitudes culturales relacionadas con tener hijos e hijas. En muchas partes del mundo, la dicha de tener un niño se sigue equiparando a la tristeza de tener una niña a quien alimentar, mantenerla alejada del sexo antes del matrimonio y de la violencia, proveer de una dote, entre otras cosas. Y luego, después de toda esa inversión y ansiedad, y si las cosas en efecto salen bien y van de acuerdo con las costumbres y lo previsto, a su debido tiempo, la niña inevitablemente se “perderá”, cual ganado, en manos de una nueva familia.

Una amiga con mucha preparación y profesional exitosa de una familia india, igualmente instruida y exitosa, me dijo alguna vez que su abuela había llorado de desilusión con el nacimiento de cada una de sus tres nietas. Es común que los padres con hijas pero sin hijos reciban expresiones de gentil compasión de parte de sus amistades y familiares. Uno de los muchos momentos dolorosos del impactante documental de Leslee Udwin *La hija de la India* (2015) es cuando el padre de Jyoti Singh describe cómo él y su esposa habían ido en contra de la tendencia local al ofrecerle dulces a sus vecinos para celebrar el nacimiento de su bebé, incluso cuando se trataba de una niña. Jyoti creció hasta convertirse en una hija amorosa y una estudiante de medicina muy trabajadora, que a los 23 años de edad fue víctima de la más terrible violación colectiva y de homicidio.

Sen contrastó la población mayoritariamente femenina en Europa, Estados Unidos y Japón —explicada por una mayor resistencia a las enfermedades por haber recibido una alimentación y una atención médica similares a la de

los hombres— respecto de la mayor parte de Asia y del norte de África (aunque, por supuesto, existen fuertes variaciones nacionales y regionales), donde la combinación de la “deselección” prenatal y la negligencia sexista que genera revirtió la mayoría femenina. Pero ni siquiera esa clase de discriminación justifica la magnitud de los números. En países como la India y China la siniestra y antinatural disparidad en la proporción de hombres y mujeres resulta particularmente alarmante.

En el verano de 2016, Rita Banerji, la militante de los derechos de la mujer, escribió acerca de un “genocidio femenino” en la India que abarcaba el infanticidio de bebés mujeres, la negligencia hacia ellas (por ejemplo, alimentándolas con menos comida que a los niños cuando se raciona el escaso alimento) e incluso el homicidio deliberado de las hijas de más edad. Aún más impactante es su descripción del fenómeno como un hecho que se ve exacerbado y que no mejora con una mayor riqueza en el país en general, ni en estados y comunidades en particular. Al final atribuye esta tendencia poco intuitiva al sistema de dotes, mediante el cual las familias más ricas que tienen hijas pierden más riqueza a favor de las familias con hijos hombres. Esto crea un incentivo para la negligencia en detrimento de las niñas. Y además, el diseño efectivo de un déficit de mujeres de forma inevitable generará más problemas para las mujeres y para la sociedad más adelante en el camino. La escasez se prestará a la cosificación de las mujeres, incluso al punto de vender a las niñas como novias o traficarlas como esclavas sexuales, según describen varias secciones de la última voluntad y testamento periodístico de la gran Sue Lloyd-Roberts, *The War on Women* [La guerra contra las mujeres] (2016).

En algunas culturas del este de África, por ejemplo, la escasez de mujeres se debe a la poligamia, práctica popular en las sociedades de Kenia, Tanzania y Sudán del Sur. En estos sitios, en lugar de que las familias de las niñas y las

mujeres otorguen el endulzante de una dote, la familia del novio paga un “precio de novia” por ellas. En estas comunidades, el precio de novia se paga en reconocimiento del costo de oportunidad para la familia de la niña, en términos de la pérdida de ingresos monetarios, el trabajo doméstico o agrario, y el de los hijos que ella producirá. No obstante, ya sea que la novia se venda como un activo o se tome como un pasivo a cambio de una cuota, el resultado todavía es la mercantilización de las niñas y de las mujeres, más que algún aprecio de su verdadero valor humano. Además, más que proteger o mejorar su estatus y su seguridad, como algunos sostienen, una mayor escasez y demanda de mujeres las vuelve más vulnerables a ser adquiridas, incluso como novias durante la infancia o a través del secuestro.

El estado indio de Kerala es un caso de estudio de particular interés, tanto para Sen en 1990 como para Banerji en 2016. Se le conoce bien por su historia matrilineal y comunista, y Sen lo describió como un lugar con una de las mejores proporciones entre mujeres y hombres del subcontinente. Pero 26 años después, Banerji escribió acerca de la caída de esa proporción positiva —que siempre se había atribuido a un nivel muy alto de alfabetismo—, que en 2011 disminuyó en 8.44 por ciento, para coincidir con reportes de un “feticidio e infanticidio rampantes” y un gran influjo de dinero proveniente de indios trabajando en el extranjero. Banerji explica la razón detrás de esta extraña tendencia: “La respuesta es la dote, la insidiosa, misógina y patriarcal política de la posesión y la distribución de la riqueza. Cuanta más riqueza acumule una familia, más invierte en la retención patriarcal de esa riqueza y percibe a las hijas como una amenaza para ese objetivo.”

En general se considera que la política de hijo único que se instrumentó en China de 1979 a 2016 provocó más abortos en función del sexo, así como el homicidio y el abandono de niñas pequeñas en ese país. Hubo varias excepciones de la política para minorías étnicas y familias cu-

yo primer hijo era una niña (por sí misma una clara evidencia de la preferencia cultural por los hijos varones). Más aún, la aseveración del vínculo entre la preselección y el infanticidio se ha discutido algunas veces en esta vasta y todavía hermética parte del mundo. Para explicar la disparidad en los números, algunos señalan, por ejemplo, una posible cantidad no declarada de bebés mujeres en familias que incumplieron la regla del hijo único. Sin embargo, en 2011, J. Nie sugirió en el *British Medical Bulletin* que había cerca de 40 millones de mujeres desaparecidas con explicaciones poco aceptables.

Esta dramática preferencia por los niños no se limita en absoluto a Asia, y el Comisionado de Derechos Humanos del Consejo de Europa ha expresado desde hace tiempo su preocupación por un “desequilibrio en las tasas de sexo al nacer” (niveles por sobre los 110 y hasta 116 niños recién nacidos por cada 100 niñas), atribuible a los abortos en función del sexo en Albania, Armenia, Azerbaiyán, Georgia, Montenegro, Kosovo y partes de la antigua república yugoslava de Macedonia.

La preferencia también es muy notable en países donde el aborto en función del sexo prevalece menos, es menos aceptado o está menos documentado. Una encuesta de Gallup de 2011 en Estados Unidos preguntó a los participantes cuál sería su preferencia de sexo si pudieran tener un solo hijo: 40 por ciento prefería un hijo, comparado con sólo 28 por ciento que prefería una hija. La encuesta también destacó una falta de consenso ético en torno a la preselección en función del sexo, con otro 40 por ciento de participantes estadounidenses inclinándose por aceptar que elegir a los embriones en función del sexo es aceptable dentro de los derechos y la autonomía reproductivos. En 2006, en casi la mitad de las clínicas de fertilidad de Estados Unidos se ofreció este tipo de selección, incluso por razones que excedían el ámbito médico. Si, al menos entre los ricos, la fertilidad se concibe cada vez más como un de-